

ACTO PRIMERO

Un salón elegante. Al levantarse el telón, nadie aparece en escena. Segundos después, una puerta se abre y aparece un hombre. Es Federico. Habla con dos personas que el público no ve.

FEDERICO. — Me es igual, no quiero petit pois... sigan comiendo Vds... ya vuelvo. Tengo que telefonar al Club. *(Cerrada la puerta, recorre el salón en todas direcciones como un hombre nervioso que desea calmarse. Luego se dirige hacia la puerta que da al comedor, que entreabre).*

JACOBO!... Jacobo!... Me haces el favor de venir un momento?... Deseo pedirte un consejo.

JACOBO. — Voy en seguida. *(Entra, cierra la puerta y se dirige hacia Federico con la sonrisa en los labios y todavía con la boca llena).*

JACOBO. — Qué pasa?

FEDERICO. — Pasa, mi amigo, que ya no puedo más!

JACOBO. — Qué no puedes más?

FEDERICO. — No.

JACOBO. — De calor?

FEDERICO. — No.

JACOBO. — De qué entonces no puedes más?

FEDERICO. — De la manera como tú miras a mi mujer!

JACOBO. — Oh!!!

FEDERICO. — Sí. Ya antes de la comida comenzó a disgustarme y ahora después de la sopa, he llegado a la exasperación. Me exaspera en una forma que no puedo más!

JACOBO. — Pero qué es lo que yo he hecho?

FEDERICO. — Tienes una manera de mirarla, que no la soporto!

JACOBO. — Yo?

FEDERICO. — Sí, tú... y no te hagas el que no me entiendes!... Lo comprendes muy bien... Siempre fué una manía tuya, esta de las caídas de ojos para con las mujeres... Si te he visto en esa tarea más de cien veces!... Mientras lo has hecho con las mujeres de los demás, me contenté con encontrarlo inconveniente, pero ahora que lo haces con la mía, te confesaré que me repugna!

JACOBO. — Pero, querido, te aseguro que no comprendo una sola palabra...

FEDERICO. — Qué más quieres que te diga?...

JACOBO. — Quiero que me digas, cuando menos, que no se trata de una broma tuya.

FEDERICO. — De eso puedes estar bien seguro!

JACOBO. — Y quiero que me digas, además, a dónde vamos a parar por este camino.

FEDERICO. — Vamos a parar en que quiero que esto cese de inmediato... Te repito que eso de ver lanzar sobre el rostro de mi mujer, miradas como las que tú le has dirigido, me repugna, francamente, me repugna!... Cuando te encuentres fatigado de las mujeres de los demás... cuando tengas una mujer propia, podrás comprender recién entonces mi estado de ánimo.